



HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA



(Continuacion)

CAPÍTULO IV

Estado social del sur despues del primer levantamiento

Continúan los trabajos de lavaderos de oro.—La agricultura.—Artes mecánicas.—Influencia de éstas en la cultura de los indios.—Las clases indígenas sometidas a los españoles.—La poblacion española.—Las costumbres de las ciudades del sur.—Rentas públicas.—Organizacion política, judicial i relijiosa.—Nulidad del comercio i del adelanto intelectual.

Siendo el afan de buscar oro lo que habia movido a los encomenderos a reunirse de nuevo en centros poblados, se comprende que la industria de explotarlo fuera el trabajo primordial en las ocupaciones de los habitantes de las ciudades.

Reanudaron, pues, los indios su interrumpida tarea de lavar las arenas de los rios i arroyos, desde Concepcion hasta Osorno, con las mismas penalidades anteriores, a pesar de la ordenanza de Santillan.

Se continuó estrayendo el oro segun el sistema introducido por los primeros españoles i que se perpetuó en la colonia. Un

escritor de esa época lo detalla de esta manera: «Se reduce el trabajo de los indios á recoger la arena ó la tierra cargada de moléculas ó pajillas de oro que echan despues en una especie de naveta de cuerno llamada *poruña*, que ponen debaxo de una corriente de agua de algun arroyo, agitándola continuamente, con el fin de que subiendo arriba la arena, se deslice y escape de la naveta, dexando como mas pesado en el fondo el oro casi puro y únicamente mezclado con una especie de tierra negra y ferruginosa, de la cual le purgan echándolo en un gran dornajo de madera, que tiene en medio una cavidad de quatro ó cinco líneas de diámetro. Puesto á nadar este dornajo en una tina llena de agua, le hacen dar vueltas alrededor con la mano, y dándole algunos golpes de quando en quando, hacen saltar fuera toda la tierra, quedándose dentro de la concavidad el oro brillante dividido en partículas de varias figuras, que no necesitan de ningun otro pulimento.

Pero á pesar de los defectos de semejante manipulacion, es muy considerable, y á veces exorbitante la utilidad, hallándose entre las tierras y las arenas lavadas pedazos de oro de mas de una libra de peso, que los naturales llaman *pepilas*; aunque lo mas general es recogerlo en polvos, en pajas, y en granillos pequeños redondos ó lenticulares, que juntan en bolsas de los escrotos de los carneros bien preparadas y que llevan á vender á las ciudades, donde es mas apetecido y mejor pagado que el oro que se saca de las minas, á causa de que siendo por lo general de un color mas vivo, pasa con frecuencia de 23 quilates de calidad» (1).

Este anhelo por los trabajos de lavaderos impedia promover en vasta escala el cultivo de las tierras, las crias i las artes útiles.

Sin embargo, como la poblacion española habia aumentado, ciertos ramos de industria rural salieron de los límites de primeros ensayos i prosperaron en proporcion. Así, las siembras de trigo se ensancharon en las vegas de Imperial i en los alrededores de las poblaciones. Otro tanto sucedió con el maiz,

(1) MOLINA, *Compendio de la Historia del Reino de Chile*, libro II.

que empleaban los indios desde ántes de la conquista en su alimentacion i bebidas fermentadas.

El cultivo de estos dos cereales trajo consigo el establecimiento de molinos, que desde entónces comenzaron a multiplicarse.

La papa, tan abundante en el territorio araucano en estado silvestre, aumentó tambien la estension de los terrenos cultivados, lo mismo que otras semillas comestibles i hortalizas. El cáñamo era una de las principales, por su empleo para mechas de los arcabuces i para fabricacion de cuerdas.

El clima i el suelo de los Infantes de Angol, en Colhue, se prestaban al desarrollo de la viña. Plantáronse, pues, en este tiempo las primeras cepas en las lomas cercanas a la ciudad, que crearon para mas tarde, como se verá, una fuente de riqueza agraria.

La crianza de animales fué adquiriendo asimismo un aumento mui marcado. El ganado caballar, el de cerda i el cabrío se reprodujo con admirable facilidad, i comenzó la introduccion del lanar i del vacuno.

Pero todos estos sembrados i crias daban solo una produccion de consumo doméstico, lo que bastaba para el sustento de los colonos i de los indios de servicio.

No podia ser de otra manera, pues entónces no había caminos que facilitaran el trasporte a los mercados interiores, ni comercio marítimo que creara la esportacion.

Eso no habria obstado para que se fuese dando mayor ensanche a la produccion agrícola; porque, aun dentro del territorio de Arauco únicamente, estaba llamada a principiarse la civilizacion de los araucanos por el comercio que se estableceria entre las dos razas i el natural aumento de comodidad para la inferior. Mas, la índole militar i aristocrática de los españoles los apartaba de las duras i activas faenas de cultivar la tierra, así como de las artes mecánicas.

Tales trabajos se miraban como plebeyos i contrarios a la dignidad de jente bien nacida. Jerónimo de Alderete presentó al Consejo de Indias en España en 1554, un memorial en que, entre otras cosas, pedia a nombre del Cabildo de la poblacion de Imperial lo que sigue:

"Item, por quanto la dicha ciudad Imperial está poblada de muchos caballeros hijos daigo, suplican a V. A. sea servido hacerles merced que no pueda entrar en cabildo ni ser admitido a oficio de la guerra ni en ningun tiempo hombre que sea hijo ni nieto de quemado, ni reconciliado, ni oficial de oficio mecánico" (1).

Los gobernadores Valdivia i Hurtado de Mendoza, con un alcance de miras admirable, hicieron esfuerzos infructuosos para implantar en mayor proporcion la agricultura i crear algunas industrias de la península, adaptables a las necesidades i recursos del país; pero tuvieron que estrellarse contra este espíritu nacional, que hacia de los españoles un pueblo muy poco a propósito para colonizador. Todos preferian en este tiempo la sosegada i ancha vida de explotadores de oro a cualquiera otra industria u ocupacion.

No es necesario decir que se encargaban los indios de esta labor agrícola. "A los encomendados, dice un cronista, los tienen sus amos con la obligacion de echar la tercia parte dellos a las minas, que es a sacar oro, de que pagan el quinto a la real caja, y el tributo a sus amos que es siete ducados cada uno al año y los demas restantes tienen a cargo el beneficio de la labranza de los campos o posesiones, y crianza de ganados de sus mismos amos. Los esclavos son los tomados prisioneros, que sirven a nuestros españoles en la cultura y labor del campo y en otros oficios" (2).

La escasa elaboracion de otras obras de artes manuales corría a cargo de operarios españoles. Entre éstas figuraba como mas importante la herrería. Había herreros en el ejército que fabricaban i componian armas i en las encomiendas para hacer o arreglar herramientas, como palas, hachas, azadas, barretas i herraduras (3). La escasez de hierro obligaba a los artesanos

(1) *Compañeros de Valdivia*, MEDINA.

(2) *Reparo de la guerra de Chile*, GONZÁLEZ DE NÁJERA, páj. 252.

(3) Las herraduras que se han encontrado dentro de árboles o en escavaciones, pertenecientes a esta época, tienen en las dos estremidades de la parte abierta dobladuras hácia abajo, destinada sin duda a enterrarse en el suelo blando i resbaladizo de las cuevas i lomas.

españoles a reemplazarlo por otros materiales. Así, los cascos i las corazas que se fabricaban eran casi todas de cuero i los clavos de las primeras construcciones, los grandes se entiende, se hacían de las maderas mas duras (1). Empleábanse sobre todo los látigos o correas para ciertas amarras de estas rústicas i primeras viviendas.

Los indios, diestros en trabajos manuales, comenaron a manifestar desde la reconstrucción o libertad de las ciudades su afición a los objetos de hierro i a los herreros, a quienes concedían como prisioneros garantías especiales o admiraban como trabajadores libres de los pueblos o encomiendas. En la imposibilidad de trabajar herramientas de este metal por la escasa cantidad que había de él entre los españoles, diéronse a imitarlas en piedra. Azadones i hachas de la misma forma de las españolas de hierro, se han encontrado enterrados en los campos de Araucanía, especialmente en la provincia de Cautín (2).

Esta verdadera pasión de los araucanos por el hierro, que nació en esta época i fué incrementándose en las sucesivas, les suministró poco a poco, particularmente en los siglos XVII i XVIII, una cantidad suficiente de este metal para operar una revolución en sus sistemas de agricultura i de armas.

Reemplazaron a las piedras agujereadas, a las que imitaban herramientas españolas i a las de palos gruesos i pesados, unos instrumentos que arreglaban con herraduras, i de que habla un cronista en estos términos: «I aunque tambien alcanzan cantidad de herraduras, no las aplican para sus caballos aunque holgaran saberlos herrar, sino para la labor de sus campos, injiriéndolas (después de mui bien adelgazadas) en las frentes de las palas de madera con que rompen la tierra de sus labranzas, en cuyo ejercicio les son mui útiles, i así las estiman en mucho.

De las armas ofensivas, las que en mayor número alcanzan los indios, i aun las que mas les hacen al caso, son espadas de que se sirven para guarnecer de hierro sus picas i lanzas. I cuan-

(1) Uno que poseíamos pasó a la colección de un caballero alemán de Santiago, dedicado al estudio de los araucanos.

(2) Poseemos ejemplares estraidos en los campos del departamento de Temuco.

do las comenzaron a tener guarnecian con cada una tres i cuatro astas, quebrando cada hoja en otros tantos pedazos, bien amoldadas sus puntas. Pero como ahora ya tienen tantas, que aun podrian armar de ellas cualquiera grueso socorro de jente que les llegase, no rompen las hojas como solian, precisándose de traerlas los infantes enteras en las largas i livianas astas de sus picas, con que las hacen mas cumplidas. Los de a caballo traen lanzas jinetas mas cortas, de hierro, como deben ser. Demas de las espadas, granjean cuchillos, machetes, podones i hachas en gran cantidad.

De estas herramientas se aprovechan en el comun servicio de sus casas, i tambien en el hacerlas. Vienen tambien a su poder gran número de hoces de segar, de que se sirven principalmente para la siega de sus agostos i algunas veces sucede en las peleas cortar con ellas cabezas a los nuestros con maravillosa presteza, así como tambien lo hacen con los agudos cuchillos.

Entre todas las herramientas, estiman en mucho las hachas, porque les son de mucho servicio, especialmente para nuestra ofensa; porque cuando marcha nuestro campo derriban con gran presteza árboles, que, en su caída, se atraviesan en fragosos i estrechos caminos, e impiden el paso a nuestra caballería, dándonos mucho en qué entender, por el peligro que hai de que, viniendo de noche, no se pueda llegar a cuartel donde alojar» (1).

De un modo mui espedito se proveian los araucanos de estos objetos de hierro. El mismo autor dice a este respecto: «Pertréchanse principalmente los indios de las armas, herramientas i aderezos de caballos que he referido, por vía de los yanaconas o indios de servicio de nuestro campo, que las dan a los indios que se van reduciendo en sus finjidas paces cuando se campea. Porque muchos de los yanaconas huelgan de servir a sus amos, i salen con ellos a las campeadas con intento de proveer a sus amigos i parientes de las cosas referidas. Otros tambien se las dan a trueco de sus bebidas i por frutas i golosinas de las que de industria acostumbran a traer los indios a nuestro campo especialmente en los tiempos que hai hambre» (2).

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Reparo de la guerra de Chile*, pág. 170.

(2) Id. id., pág. 171.

Hasta los soldados mestizos se dedicaban a este tráfico, para lo cual se sustraían del cuerpo de guardia las piezas de las armas, aun las llaves de los arcabuces i mosquetes.

En otro orden adelantaron tambien un tanto los indios. Las pocas mujeres que habian venido a dar vida i alegría a los hogares españoles de las nacientes aldeas, introdujeron el arte del tejido. Utilizaban para sus telas la escasa lana de las ovejas que principiaban a propagarse i la de los animales indígenas. Esta industria, que en los primeros tiempos no tuvo mas alcance que el de satisfacer las necesidades domésticas, adquirió despues un impulso notable con el establecimiento de obrajes o fábricas de paños i lienzos. En 1573 se fundó la principal en Osorno.

Algunas tribus ménos incultas que las demas, hacian desde antiguo tejidos groseros con que se cubrian o engalanaban. Conocian el huso i empleaban agujas de espinas únicamente, pero de las mujeres españolas aprendieron el manejo del telar de construccion sencilla. Desde entónces principió a mejorar su indumentaria.

Estas reducciones, que ya utilizaban tejidos burdos, habian tomado, a no dudarlo, de los peruanos su vestuario, que consistía en los hombres en una camiseta corta, sin mangas ni cuello, abierta en el pecho, i un paño envuelto en la cintura que les caía hasta medio muslo, el *chamal*. Con esta misma pieza se cubrian las mujeres desde los sobacos hasta el tobillo. Agregaron, pues, los primeros a estas prendas tan limitadas, la manta, tomada tambien del traje de los quechuas, i las segundas el manto, que desde los hombros cae hasta los muslos, el *icúlla*; lo asegura el *tupu*, palabra peruana, que agarra los dos lados en el pecho (1).

Este principio de prosperidad i el aumento de poblacion, cambiaron poco a poco el aspecto de las ciudades i sus alrededores. Donde ántes no se veían sino bosques i pantanos inúti-

(1) Primer tomo de esta obra, pág. 215. GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Reparo de la guerra de Chile*, pág. 39. CEVALLOS, *Historia del Ecuador*, pág. 138, tomo I. Desde que los araucanos i los indios pampas poseyeron el caballo, comenzaron a usar el *chiripa*, que es el *chamal* cruzado por entre las piernas i amarrado en la cintura.

les, se arreglaron dehesas con canales i zanjas divisorias, cuyos rastros subsisten aun. Comenzaban a perder ya su fisonomía de miserables i desiertas aldeas, que tenian a fines de la administracion de Hurtado, i tomaban, durante la de sus sucesores, el de villas mas concurridas i alegres. Las casas que eran pajizas en su mayor parte en sus primeros años, se iban reemplazando por edificios de tejas i material sólido, de la construccion típica española: bajas, con una sala o pieza principal i aposentos secretos, con grandes corrales i dependencias separadas para la servidumbre.

Pero el crecimiento de la poblacion no pasaba en estas ciudades del sur de un número limitadísimo; en algunas apenas llegaría a un centenar de habitantes españoles, contando a los encomenderos, vecinos i militares. El núcleo mas denso de moradores lo componian los indios sometidos.

Estaban divididos éstos en distintas clases. Una la formaban los indios encomendados o tributarios de los españoles, que trabajaban en los lavaderos o en la agricultura; otra la componian los yanaconas, ocupados en servicios mas libres i como domésticos o auxiliares de sus amos en la guerra. Finalmente existia la de los esclavos o prisioneros, sobre quienes recaian en especial el rigor de los trabajos i de los malos tratamientos (1).

La poblacion española se hallaba dividida entre vecinos encomenderos, simples vecinos i militares.

La mas opulenta era la de los primeros, que constituia la clase noble.

Disponia en sus encomiendas de muchos indios de trabajo, de lavaderos, casas, animales i herramientas. Del numeroso séquito que rodeaba a estos grandes propietarios del sur, puede dar una idea la servidumbre que tenia uno de ellos, Pedro de Villagran, que se componia de seis criados, tres pajes, cuatro negros, una negra, indios e indias de su servicio, i un herrador (2).

El patron i la jente de su dependencia se retiraban en el

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Reparo de la guerra de Chile*, pág. 253.

(2) *Coleccion de documentos inéditos del señor Medina*, libro XIII, pág. 82.

invierno a la ciudad inmediata, tanto para evitar los ataques de los indios como para resguardarse del rigor de la estación.

Venia a componer una clase de segundo orden o del estado llano, el comun de los vecinos, mercaderes i moradores sin encomiendas, pocos al principio pero en mayor número cuando aumentó el progreso de las ciudades. Estos eran los "hombres buenos" de que hablan los documentos de aquellos tiempos.

Desestimadas las artes manuales como serviles, la jente que las practicaba tenia una colocacion humilde i plebeya en la escala social.

A este orden pertenecian los oficiales o individuos que se ocupaban en algun oficio, privados de las consideraciones, prerrogativas i respeto de que gozaban los demas.

En no inferior categoría que los encomenderos se hallaba la fuerza armada, oficiales i soldados de fila, de guarnicion en los pueblos i en los fuertes del territorio araucano. Es de advertir que todos, en casos de necesidad o de comun peligro, estaban obligados a tomar las armas, lo que tan a menudo sucedia. De ahí provenia el carácter esencialmente militar de los habitantes del territorio de Arauco.

Sabido es que los negros fueron introducidos en las colonias españolas a pretexto de aliviar al indijena, aunque en realidad para disponer de hombres mas fuertes para los trabajos de las minas i de la agricultura. En menor cantidad que a los países tropicales, ingresó a Chile el africano. Su presencia en Arauco no pudo tener en consecuencia ninguna influencia en la mezcla de razas i en las ocupaciones agrícolas o de lavaderos; los pocos que transitoriamente pisaban este suelo, venian en calidad de esclavos de los encomenderos, a quienes servian de domésticos i de escuderos, o bien los arrendaban para pregoneros i verdugos.

En cambio, desde que las ciudades tuvieron mas segura estabilidad i mejoraron en su condicion material, tal vez al partir del año 1561, principió a surjir, a uno i otro lado del Biobío, la poblacion criolla, descendiente de blancos europeos.

Mas, no se mezclaron en Arauco las dos razas de dominadores i dominados, españoles i araucanos, de una manera franca i jeneral. En los primeros años de existencia de las poblaciones,

penetraron al territorio muy pocas mujeres. Entonces los conquistadores mezclaban su sangre con la indígena en fáciles e ilegítimos placeres; pero sin que ello alcanzara a producir una modificación importante de carácter físico ni un acercamiento entre unos i otros.

En su odio a los intrusos invasores i en su apego a las prácticas tradicionales, rechazaba el indio estas uniones, i siguió rechazándolas siempre hasta la repulsión.

Cuando se formó en los pueblos del sur una sociabilidad mas estable i delineada, los hogares contaban con la mujer española en mayor número, i, de consiguiente, esas uniones ocasionales i clandestinas disminuyeron sensiblemente.

Ménos aun debió ejercer influencia en los pueblos del norte el elemento araucano neto en el cruce de razas. En efecto, los indios arrebatados en la guerra i conducidos a Santiago i Coquimbo para llenar las bajas de los muertos, eran bien pocos; casi todos pertenecian a los mas pacíficos de Valdivia, arrancados de sus tribus por el engaño o la violencia. Por cierto que los primeros, siendo escasos ántes que todo, no podian ser aptos para el cruzamiento por la falta de aclimatación i por la nostalgia que produce el cambio súbito de costumbres en el hombre inferior (1).

De un modo bien marcado se operó esta mezcla en la costa de Concepción i en las plazas fuertes de la márjen septentrional del Biobío. En los siglos XVII i XVIII se jeneralizó en San Cristóbal, cerca de Rere; Colcura, Santa Juana i Nacimiento, i dió oríjen a una población de mestizos, mas hábiles i robustos que el individuo originario del país, i que "se mantenian con plazas de soldados", dice un escritor de la colonia (2). Sus excelentes disposiciones naturales lo hacian útil para el ejercicio de las armas, como valiente soldado e intérprete que conocia a fondo los dos idiomas.

(1) De informes recojidos en las oficinas del Registro Civil, resulta que hasta en la actualidad son escasísimos los matrimonios de indígenas de uno i otro sexo con chilenos.

(2) CORDOBA I FIGUEROA, páj. 189.

El trato altánero de los españoles contribuía, de ordinario, a inspirarles aversion a la vida social, que se manifestaba en la desercion al lado de los araucanos.

Cada una de estas jerarquías tan heterojéneas, tenía su modo de vivir o reglas para su régimen, sancionadas por las leyes i las costumbres.

Los ricos encomenderos, soldados en su mayor parte, i los capitanes de guarnicion en los pueblos australes, se hallaban, mas que en cualquiera otra rejion, poseidos del espíritu español ya diseñado. Eran ignorantes, crueles con los indios i los esclavos, supersticiosos, entregados a las prácticas relijiosas i al anhelo vehemente de adquirir riquezas; aunque de oríjen humilde o medianamente nobles, siempre estaban pendientes de los entroncamientos jenealójicos. Pero distinguíanlos al mismo tiempo cualidades sobresalientes: eran sufridos, activos, temerarios en la pelea i de una voluntad inquebrantable en sus propósitos.

Fácil es comprender que el radio de accion de tales hombres debía circunscribirse en especial a las ocupaciones de la guerra, del oro i de la iglesia.

En las poblaciones todo tenía un aspecto militar: el fuerte con sus dependencias situado en un punto estratégico; las casas sólidas i construidas con detalles propios para la defensa o para la fuga, como ventanillas altas i puertas en direccion al campo o al cuartel (1).

Todos los habitantes vivian prevenidos para un asalto de los indios. Dormian con las armas a la cabecera, con el caballo cerca i teniendo juntos a los esclavos i la servidumbre.

Los edificios de las encomiendas no distaban comunmente demasiado de las ciudades, para estar así en comunicacion rápida e inmediata con ellas en momentos de sorpresas o de ataques (2).

(1) Exámen de los restos de las poblaciones de Angol, Imperial i Villarrica.

(2) Restos que hemos observado en varios lugares.

Algunas noches se producian alarmas, fundadas o nó, que causaban la consternacion en las familias i el movimiento i los preparativos consiguientes en los fuertes, en las casas i encomiendas vecinas.

TOMAS GUEVARA.

(Continuará)

